

Es en verdad muy grato para mí estar aquí esta noche, rodeado de mi familia y amigos, y también de mis profesores, mentores, y colegas. Tuve la suerte que mis estudiantes tienen parcial mañana, lo cual me permitió escaparme por un par de días del frío de Chicago para cumplir mi deseo de asistir a este evento en persona. Al mismo tiempo, confieso que es un poco inusual para mí ser objeto de tantos elogios y mensajes de felicitación como los que he recibido en los últimos días. Como académico, uno se acostumbra por el contrario a la crítica y al rechazo, a que le den “duro con un palo y duro también con una sogá” como en el verso de Vallejo. Así que quisiera empezar por agradecer profundamente a la Fundación Juan Luis Londoño, a su consejo directivo, y a los miembros del jurado por esta honrosa distinción.

Quiero usar estos minutos para contarles un poco la historia que me condujo a estar hoy aquí y para darle las gracias a tantas personas que me han acompañado en este camino.

Mi interés por la economía empezó en algún punto en la adolescencia. Si bien no me acuerdo del momento exacto, tengo certeza que le debo este interés a un economista que al igual que Juan Luis Londoño nos dejó antes de tiempo. Me refiero a César González Muñoz, un primo hermano de mi padre que falleció hace poco más de seis años. Cuando yo era pequeño, mi familia y yo íbamos a la casa de César y su esposa Annette, quien nos acompaña hoy, con bastante frecuencia. A mí ese plan me encantaba. En primer lugar, porque esa casa estaba llena de libros por todas partes, los cuales yo examinaba por horas con miras a poderme llevar alguno prestado. En segundo lugar, porque César sabía de historia, de política, de literatura, de música. Era un tipo carismático y su presencia se hacía sentir en cualquier escenario. Yo no tenía ni idea de qué hacía un economista, pero sabía que quería ser como ese señor. En ese sentido, no puedo más que dedicar este premio a la memoria de César González.

Mi carrera como economista empezó hace poco más de 20 años cuando inicié el pregrado en la Universidad de los Andes. En principio no fue obvio que fuera a estudiar allá. Por un lado, mi padre era profesor de la Universidad Nacional, lo cual me permitía estudiar sin costo en aquella institución. Por otro lado, cuando tomé mi primer curso de economía en el colegio la profesora (que era excelente, por cierto, se llamaba Maureen pero no recuerdo su apellido) me recomendó no aplicar a los Andes pues consideraba que yo era demasiado de izquierda y no me sentiría a

gusto. Mi madre, quien casi se infarta cuando volvió de misa un día y me encontró imprimiendo el Manifiesto Comunista en la impresora de la casa a los 15 años (algo de razón tenía la profesora Maureen), sintió un gran alivio cuando finalmente le confirmé que aplicaría a los Andes, pero sólo porque de esa forma podría hacer un doble programa con filosofía, que era mi gran pasión en ese momento.

Mi recuerdo de los años del pregrado es que amaba la filosofía y disfrutaba mucho de esas clases, en especial las que tomé con el ya fallecido Carlos B. Gutiérrez y las que tomé con el que sería mi asesor de tesis, Luis Eduardo Gama. No podría decir lo mismo de la economía. Siendo sincero, prefería pasar mis días leyendo a Nietzsche, Wittgenstein o Heidegger que estudiando la ecuación de Slutsky o resolviendo problemas Lagrangianos o Hessianos. Por suerte para mi carrera como economista, mis profesores y autores favoritos en filosofía estaban muy centrados en Alemania y aprender alemán era algo que yo no estaba dispuesto a hacer. Así que, un poco de rebote, me volqué a la economía buscando alguna manera de conectarla con mis intereses.

En aquel momento, tuve la gran fortuna que la profesora Jimena Hurtado accedió a supervisar mi tesis de maestría, la cual era una crítica a la filosofía de la ciencia del premio Nobel Milton Friedman. Gracias a las ironías de la vida, es hoy en día el Instituto Becker-Friedman (sí, ese Friedman) de la Universidad de Chicago quien financia buena parte de mis investigaciones. Habiéndome graduado de la maestría, fue gracias a Jimena y a Alejandro Gaviria (entonces decano de economía de los Andes y ganador de este premio en su primera versión) que me fue dada la oportunidad de dictar un curso sobre economía y filosofía, el cual después dicté también en la Universidad Nacional. Por otro lado, fue durante la maestría que pude tomar cursos más cercanos a la frontera de la investigación en economía. Recuerdo en especial un curso en economía ambiental dictado por Ana María Ibáñez y otro en economía de la educación dictado por Raquel Bernal (ambas también merecedoras de este premio). En estos cursos encontré aplicaciones útiles de los fundamentos microeconómicos que yo había estudiado sin mayor interés en años anteriores. El curso de Raquel fue también mi primera exposición a la “revolución de la credibilidad” en economía, la cual jugaría un papel fundamental en mi investigación futura.

Habiendo terminado mi maestría, entendí tras un breve paso por el DNP que no me veía en un sitio diferente a una universidad, enseñando e investigando. Fue ahí cuando empecé a trabajar como asistente de investigación en el CEDE para los profesores Jorge Tovar y Christian Jaramillo. Poco tiempo después, Christian y Juan Camilo Cárdenas nos siguieron el hilo a mi gran amigo y coautor Nicolás de Roux y a mí con una idea que teníamos sobre cómo las personas cuidan menos el dinero cuando les cae del cielo. Nos inventamos un experimento para estudiar esta idea y ese proyecto eventualmente se transformaría en mi primera publicación académica.

Fue gracias a estos primeros pinitos en investigación que me convencí de que quería hacer un doctorado en economía. Confieso que en aquel entonces no me era obvio que el doctorado pudiese ser una plataforma para trabajar en una universidad norteamericana de élite o para aspirar a publicar mis trabajos en las revistas más prestigiosas. En esa época hablábamos de los economistas más famosos como estrellas de rock, remotas e inaccesibles. En mi caso, yo me fui a hacer un doctorado porque quería emular a mis profesores y quería poder gastar mis días de la misma manera en que veía que ellos gastaban los suyos. Ya en ese momento tenía un poco claro que mi principal interés de investigación, acaso el único que he tenido desde siempre, estaba en la interacción entre la economía y la política. En ese sentido, quería también emular a quienes empezaban a producir los mejores trabajos en economía política en Colombia. Me refiero a Leopoldo Fergusson, Pablo Querubín, y Juan Fernando Vargas (Leopoldo y Juan ganadores de este premio también), a quienes veía como modelos a seguir en aquel entonces y hoy en día cuento como grandes mentores y amigos.

Confieso que al momento de aplicar al doctorado no tenía siquiera claro qué pasaba al final del mismo. Conceptos como el de “job market” y “tenure” me eran completamente extraños y no tenía ni idea de cuáles eran los “top-five journals”. Mi mayor y única aspiración al irme era regresar a Colombia y ojalá ser contratado por una buena universidad. Esto es algo que hasta el día de hoy me recuerda mi esposa, entre risas por supuesto, diciéndome que la engañé cuando la convencí de acompañarme por fuera del país “por unos pocos años”. Sin embargo, creo que aquella ingenuidad e ignorancia sobre lo que es una carrera académica han hecho que mi camino profesional sea, si bien a veces más sinuoso, un poco más divertido y un poco más auténtico.

Tres ciudades ocupan un lugar especial en mi carrera como economista. La primera es Bogotá, por supuesto. La segunda es Londres, donde hice mi doctorado en el London School of Economics (LSE). Si algo hay de bueno en mis trabajos de investigación se debe en buena parte a la formación que recibí en LSE de la mano de mi supervisor doctoral, Gerard Padró i Miquel, pero también de otros profesores como Tim Besley, Oriana Bandiera, y Maitreesh Ghatak, entre otros. La tercera ciudad es Chicago, donde la escuela Harris de Política Públicas me abrió las puertas y me ha brindado un entorno inmejorable para realizar mi trabajo durante los últimos siete años. Quiero agradecer en especial al grupo de economía política, liderado por Ethan Bueno de Mesquita, Will Howell, y Scott Ashworth por ver algo en mí y darme una oportunidad. Si bien al graduarme del doctorado tuve varias oportunidades de trabajo en Colombia y en otras partes de Latinoamérica, Harris fue el único sitio que me invitó a presentar mi trabajo en Estados Unidos. En Chicago he podido interactuar y aprender de algunos de los mejores economistas y politólogos del mundo, personas con una curiosidad intelectual ilimitada como Steven Durlauf, Roger Myerson y, por supuesto, James Robinson. Curiosamente, y a pesar de la relación estrecha de James con Colombia, yo sólo lo vine a conocer estando ya en Chicago, donde él y su esposa, mi coautora María Angélica Bautista, han sido colegas y amigos inmejorables.

Sobre mi investigación, que es acaso la razón por la que estamos aquí reunidos, no tengo mucho que decir (más que agradecer a Roberto por su generoso resumen). El intelectual estadounidense Howard Zinn, en su famoso libro *A People's History of the United States*, le atribuye a Camus una frase que reza "En un mundo de víctimas y victimarios, es la labor del intelectual no estar del lado de estos últimos." Creo que esta frase le gustaría a César González y también a Juan Luis Londoño. A mí siempre me ha gustado desde que la leí por primera vez en una playa de Santa Marta hace ya muchos años y veo algo de ella en buena parte de mis trabajos. En los más de tres mil muertos y desaparecidos durante la dictadura del general Pinochet en Chile, en los incontables abusos y crímenes sexuales cometidos por el Ejército Rojo a su entrada a Berlín en 1945, pero también en nuestra propia guerra fratricida y sus miles de muertos y desplazados.

En mi investigación he intentado comprender de diversas maneras el papel del estado en la creación de oportunidades económicas y en la mejora de las condiciones de vida de la población. Si algo he aprendido es que la democracia es fundamental, pero por democracia no me refiero

sólo a unos votos depositados en unas urnas, los cuales son importantes y deben permitir que aquellos que nunca han tenido voz encuentren un lugar en el sistema político. Pero igual de importante es el desarrollo de un entramado institucional de pesos y contrapesos, sin acumulación del poder en una sola rama y con garantías amplias para los opositores políticos, los jueces, los medios de comunicación, y la ciudadanía. El camino hacia adelante involucra el desarrollo y fortalecimiento de instituciones que promuevan una representación amplia y legítima al mismo tiempo que una rendición de cuentas justa y efectiva. Desbaratar instituciones, que ha sido el pasatiempo favorito de nuestros mesías políticos de hoy y siempre, es una de las causas fundamentales de nuestros problemas económicos y sociales.

Colombia ocupa un lugar central en mi agenda de investigación. Las preguntas que me interesan hasta el día de hoy en muchos casos se remontan a los temas que leía en el periódico por las mañanas mientras desayunaba en la época del bachillerato y la universidad: el conflicto armado, el mal manejo de los recursos públicos, y nuestra perenne desilusión con nuestros gobernantes y el sistema político. Mi investigación es un juego incesante por responder de manera egoísta esas preguntas que a mí me interesan, pero luego convencer a un público académico más amplio de que el caso colombiano nos brinda lecciones valiosas para otros contextos. Tengo un buen amigo, mucho más exitoso que yo, al cual siempre que le cuento de una nueva idea me dice que la estudie en Estados Unidos, que así se publica más fácil. Yo siempre me he rehusado argumentando que a mí me interesa es saber la respuesta a esa pregunta aquí, en Colombia. Creo que ese irremediable amor profesional por nuestro país, el cual puede llegar a ser profesionalmente suicida a ratos, es un hilo que conecta a varios de los que hemos sido galardonados con este premio con la figura de Juan Luis Londoño, a quien le debe su nombre.

Mi investigación por supuesto que no sería posible sin un maravilloso y amplio equipo de coautores, todos los cuales con el tiempo y el incesante ir y venir de presentaciones, borradores y rechazos, se han vuelto amigos entrañables. Tampoco sería posible sin un increíble equipo de colaboradores, algunos de los cuales nos acompañan esta noche: Lucía Mendoza, Santiago Pérez, y David Arboleda. Ellos representan a una nueva generación de economistas técnicamente superiores a los que los hemos precedido, pero igual de curiosos por los problemas que afectan a Colombia y sus posibles soluciones. Interactuando con estos jóvenes (y sí, este premio indica

que he llegado a una edad en la que puedo usar esa expresión para referirme a un grupo al cual ya no pertenezco) puedo afirmar que la economía tiene un futuro promisorio en Colombia. Me refiero a la economía como disciplina, pues vaya uno a saber qué va a pasar con el dólar.

Ya para cerrar, no puedo dejar de agradecer a mi familia en Colombia y Venezuela, en especial a mis padres, Luis y Graciela, y a mi hermana María Cristina, por su amor y apoyo incondicional. La nuestra es una historia sobre el poder transformador de la educación como eje de movilidad social. Si tuviera otra media hora se las contaría toda, pero baste con decir que hace cincuenta años mi abuelo, quien a duras penas podía leer y escribir, era el conductor de la familia de un prestante economista de la élite bogotana. Hoy, estoy yo aquí. Agradezco también a mi segunda familia, Perdomo Meza, quien me ha acogido como uno de los suyos durante muchísimos años. Por último, nada de esto sería posible sin el amor, la compañía y la amistad de mi hija Ana Sofía y mi esposa María Fernanda. Las dos han hecho grandes sacrificios y han pasado buena parte de sus vidas alejadas de sus seres más queridos por acompañarme en esta aventura. Necesitaría otro buen rato para describir todo lo que admiro en Ana Sofía y María Fernanda, pero ahí sí que este discurso se extendería en exceso y empezaría a parecerme a Fidel Castro. Me tendré que limitar a decir que ellas son las verdaderas heroínas de esta historia. A ellas se lo debo todo y este triunfo es todo suyo.

Bogotá, Febrero 06 de 2023.